

ARQUITECTURA DE VANGUARDIA

LA VOLUNTAD DE DESARROLLAR EL PROYECTO DEL MOVIMIENTO MODERNO, CONTEXTUALIZÁNDOLO, SUPERÁNDOLO Y AMOLDÁNDOLO, SI ERA NECESARIO, PONÍA DE MANIFIESTO ESTA COINCIDENCIA CON LO QUE ESTABA SUCEDIENDO EN LA MAYORÍA DE LOS PAÍSES DESARROLLADOS.

JOSEP MARIA MONTANER DOCTOR ARQUITECTO



© ANNA BOYE



© ANNA BOYE

La calidad que sigue mostrando la arquitectura más culta en Cataluña durante los años ochenta es, en buena medida, el resultado de la dialéctica entre la recreación de una riquísima tradición, por un lado –que podríamos denominar subconsciente colectivo arquitectónico–, y la continua voluntad de ir interpretando los movimientos que aparecen en el panorama internacional, por el otro.

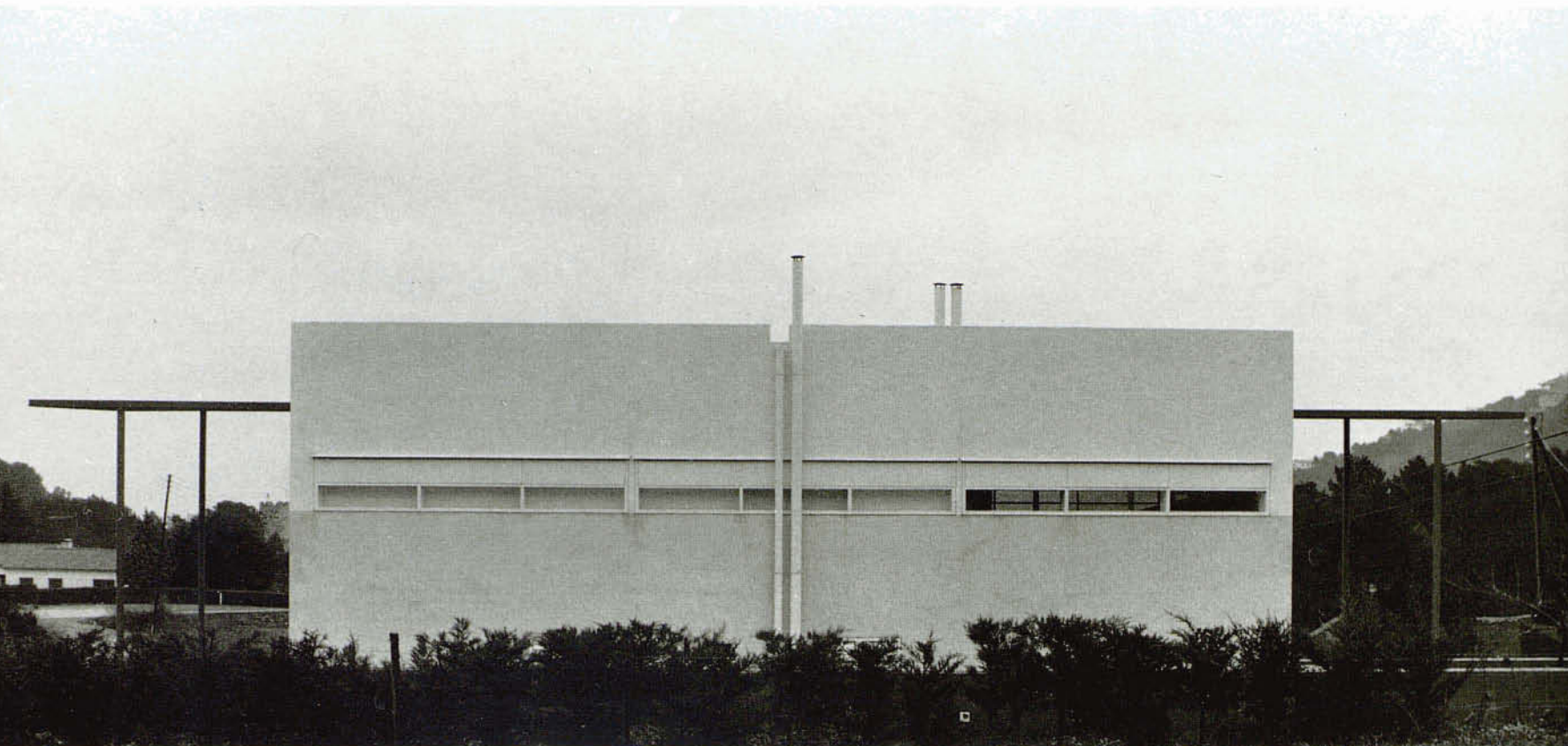
El proceso de modernización de la arquitectura catalana, que se había iniciado ya durante el Neoclasicismo, integra lentamente el cuerpo actual de conocimientos arquitectónicos europeos. Con el Modernismo se demostró el total alejamiento respecto a los demás países. Recordemos las figuras de Antoni Gaudí, Lluís Domènech i Montaner y Josep Puig i Cadafach. En los años cincuenta comenzó un movimiento que intentaba superar la regresión en la que se cayó durante los años cuarenta, recuperando la tradición del racionalismo catalán –con nombres míticos como Josep Torres Clavé y Josep Lluís Sert– y sintonizando con la realidad internacional. El esfuerzo de estos arquitectos –que se autodenominaron Grupo R– culminó en la Escuela de Barcelona de los años sesenta, formada por arquitectos como Bohigas, Martorell i Mackay, Correa i Milà, Tous i Fargas, Josep Maria Sostres, Josep Antoni Coderch y Antoni Moragas. La voluntad de desarrollar el proyecto del movimiento moderno,

contextualizándolo, superándolo y amoldándolo, si era necesario, ponía de manifiesto esta coincidencia con lo que estaba sucediendo en la mayoría de los países desarrollados.

Este espíritu de escuela o de grupo predomina todavía en una parte de los arquitectos actuales. Nos referimos a casos como el del despacho Bach y Mora –autores, entre otras obras, de la estación de ferrocarril de la Universidad Autónoma (1984)–; a Garcés y Soria –que realizaron el Museo de la Ciencia de Barcelona (1978-80), promovido por la Caja de Pensiones–; y muy especialmente a Esteve Bonell, que ya había realizado el edificio Fregolí en Barcelona (1972-76), y que, en colaboración con Francesc Rius, ha construido el nuevo Velódromo del barrio de Horta de Barcelona (1984), un magnífico estadio de formas clásicas en el que la solidez de la fábrica y los volúmenes contrastan con la ligereza y la épica de las torres de iluminación. Hay que añadir la obra de Elías Torres y José Antonio Martínez Lapeña, que han rehabilitado la iglesia de Hospitalet, en Ibiza, con colores vivos y ciertas resonancias californianas.

También podemos encontrar aquellos arquitectos que, habiendo tenido sus orígenes en esta Escuela de Barcelona, con el tiempo han ido alejándose. Es el caso concreto de Ricardo Bofill, que ya desde aquellos años arrastra un falso utopismo y un optimismo tecnológico





influenciado por los “Archigram” británicos, y que en la línea de un postmoderno consumista, pretende conciliar el lenguaje académico con los sistemas de producción industrializados. Bofill, a pesar de su poca relación con el contexto de la cultura arquitectónica de Cataluña, es, sin ninguna duda, el arquitecto actual catalán más conocido en todo el mundo.

El “Studio PER” –Clotet y Tusquets, Cirici y Bonet– arrancó de una toma de postura crítica respecto a la herencia de la Escuela de Barcelona, a principios de los años setenta. Entre sus últimas obras, siempre en línea creativa, empírica, lúdica e increíblemente versátil, hay que destacar, además de la ya clásica “Casa de l’Illa Pantelleria” (Sicilia, Italia, 1972/75), de Clotet y Tusquets, el futuro Banco de España en Gerona, impresionante cubo interseccionado en un cilindro, proyectado por Lluís Clotet e Ignacio Paricio. De Pep Bonet hay que subrayar su propia casa en Sant Antoni de Vilamajor (1974-84) y la “Plaça de l’Univers” (1983-85) que, con un edificio pantalla, resuelve el problema de la unificación y la ordenación de una de las más importantes áreas de la Feria de Barcelona.

Helio Piñón y Albert Viaplana, que en su primera obra participaban de los criterios formales de la Escuela de Barcelona, han ido evolucionando hacia una actitud conceptual, fuertemente influida por las vanguardias norteamericanas, especialmente por Peter Eisenman y John Hejduk. La “Plaça dels Països Catalans”, en Barcelona (1983), hecha con la colaboración del joven Enric Miralles, es la máxima expresión de una arquitectura minimal y de una tendencia fuertemente intelectual, que preconiza que el resultado final debe estar lo más cerca posible de la idea inicial.

Un sector de arquitectos, de alrededor de los 40 años de edad, desarrolla una corriente que podríamos denominar neorracionalista, que utiliza de una manera muy libre el lenguaje del movimiento moderno y que expresa un tipo de arquitectura fiel a la lógica constructiva. Nos referimos en concreto a Pep Llinàs –con su casa de Sa Tuna, en Gerona (1978-80), próxima a los pabellones de Mies, Neutra, los Smithson, etc.–, a Carles Ferrater –autor de dos bellas casas en la calle Bertrán de Barcelona (1983 y 1985)– y a otros como Arcadi Pla, Norbert Cinnamond y Josep Lluís Canosa.

Debemos poner de relieve también que una parte importante de las obras realizadas en estos últimos años, han sido proyectos de rehabilitación de antiguos edificios o intervenciones vinculadas a arquitecturas preexistentes. Es el caso de dos obras de dos jóvenes arquitectos, Josep Fuses y Joan Maria Viader, autores de la rehabilitación de la fachada al río Onyar (1982-84) y de la reconversión del antiguo convento de “Les Beates” en edificio de oficinas y viviendas (1982-85), ambos en Gerona.

Por último, hay que mencionar dos obras realizadas con un sentido de pervivencia del realismo social, transformando signos colectivos en edificios públicos. Este es el caso de la reconversión de la antigua fábrica de la Sedeta, en el Ensanche de Barcelona, en una escuela y centro cívico (1982-84), según un proyecto de Fayos, Giol y los hermanos Llistosella, de un cierto aire “beaux-arts”, y a la remodelación de las antiguas cocheras de tranvías de Sants en un Centro Cívico del barrio, según el proyecto de Ricard Pérdigo, que adopta un cierto optimismo tecnológico, y que fue galardonado en el polémico concurso celebrado en el año 1977.